

Más de medio año ha transcurrido desde la toma de posesión del nuevo gobierno y las aulas van a abrir sus puertas a cientos de miles de muchachos que comenzarán el año escolar entre el temor y la esperanza. El primer año de Escuela para muchos, con todo un mundo de novedades y de asombros. La continuación de estudios para otros, con la rutina de lo conocido y las pequeñas sorpresas diarias del ambiente estudiantil. Y al margen, mientras unos comienzan y otros progresan, los miles de muchachos venezolanos que todavía tendrán por escuela la calle.

Seis meses de gobierno es una golondrina que en el ámbito político no hace verano. Es el tiempo necesario del reajuste, de la formación de un equipo de trabajo que se va compulsando y coordinando en la acción misma de la adecuación entre una declaración programática y la realidad nacional. La compleja maquinaria del Estado, con sus laberintos administrativos y sus implicaciones humanas, no puede moverse en otra dirección de la noche a la mañana. Bien lo sabemos y, por esto, en la hora presente, no podemos exigir milagros.

Sin embargo, y a pesar de lo dicho, en la política educacional se han producido una serie de hechos, declaraciones y proyectos que es conveniente meditar con la seriedad y la objetividad que nos exige el momento. Ni podemos precipitar las conclusiones porque pecarían de provisionales, ni debemos diferir los juicios en espera del balance definitivo. Labor del periodismo es ahondar en el presente, desde una perspectiva necesariamente temporal, cuando todavía es hora de multiplicar los aciertos y de corregir el rumbo. En la actualidad, la crítica a ultranza o el ditirambo irracional son los peores servicios que podemos hacer al país entero.

UNA HISTORIA RECIENTE

Todavía en el aire los fuegos de artificio que señalaron una noche de marzo en la Plaza Venezuela el advenimiento del "cambio", se propagan por la nación las primeras declaraciones del ciudadano Ministro de Educación. La ocasión: el Maracay II, Seminario para ejecutivos, intelectuales y hombres de empresa preocupados en un proyecto futurista para la Venezuela del año 2000. Más tarde, parecidas palabras con motivo del V Aniversario de la APEP: "Hablemos de la educación como una gran empresa de todos, donde no se desperdician ni talentos humanos ni recursos económicos."

Una brisa fresca y un lenguaje distinto parecen anunciar un futuro promisor. Desde entonces, el slogan ha cuajado con su sugerente hermetismo: "La Educación, empresa nacional."

Por aquella época, ya algo lejana, el Presidente Caldera visitó algunos barrios populares. El gesto fue acogido con simpatía por lo que tiene de humano y desinteresado en un período post-electoral. Por otra parte, el conocimiento directo de los problemas populares es una exigencia natural del dirigente socialcristiano. Y entre los problemas del pueblo, la educación de todos como una premisa insoslayable de elemental justicia sale a relucir con relativa frecuencia en los discursos presidenciales y en las declaraciones oficiales.

A pesar de todo, contra la voluntad oficial y sin haber ahorrado esfuerzos por encontrar solución al problema, se inaugura el año escolar con varias incógnitas ensombrecedoras. La cuestión del cupo escolar adquiere caracteres de máxima gravedad y de extrema importancia. Dicho con palabras del señor Ministro: "A pesar de todo el esfuerzo hecho, tenemos una cantidad enorme de niños marginados educativamente." Solamente en el área metropolitana, si no se procede a una acción enérgica y decidida, en la que se combinen las soluciones audaces con la más estricta sobriedad administrativa, asistiríamos al deplorable espectáculo de 100.000 muchachos sin Escuela Primaria.

Cien mil cerebros paralizados, un año más, sin saber por propia experiencia qué es eso de ir a la Escuela, con el corazón repleto de deseos a medio fermentar y la cabeza poblada de las imágenes cocinadas en una TV absurda. No han aprendido todavía a gritar ni a protestar, nada saben de renovación ni de contestación, no han podido intuir que una intelectualidad sorprendentemente pasiva los ha llamado "marginados". Pero ahí están, dispersos en el rancho de Caracas y en el interior de Venezuela, en actitud de espera, mascando un dolor que ni siquiera conocen. Mientras tanto, la conciencia pública mira al Gobierno, el Gobierno convoca a sus técnicos, unos y otros se dirigen al Congreso. Y todos nos preguntamos cómo una nación puede soportar con relativa indiferencia una injusticia de tamañas proporciones.

UN ESTADO DE EMERGENCIA

Por paradójico que pueda parecer, la más grave emergencia del momento presente no proviene de las fuerzas sindicales, ni de la atomización de los partidos políticos, ni de la desmentida conspiración de los generales. La mayor amenaza para la paz y para la convivencia es en Venezuela el tesoro olvidado de sus niños. Ante ellos, la Administración Pública deberá rendir cuentas y en el problema del cupo escolar tiene propicia ocasión de demostrar su eficacia. Ya se han acabado las consignas electorales y ahora sólo cuenta la desnuda verdad de los hechos.

No hay pacificación auténtica sin educación. No puede inaugurarse una política del diálogo si las dos personas dialogantes no han aprendido a pensar. De nada sirve nuestro importante servicio de vialidad si ruedan por las carreteras irresponsables y suicidas. Ni se realizará el desarrollo regional, la reforma agraria o el desarrollo del turismo sin una preparación de nuestros recursos humanos para lanzar a Venezuela hacia la modernidad. De lo contrario, Venezuela será un país en el que un grupo de gigantes es servido por una legión de pigmeos.

Jerarquizar objetivos es una de las tareas más importantes del actual Gobierno. Si por prudencia política renuncia a su carácter social, está abdicando de su nombre de bautismo. Si de algún modo se pretende una transformación social sin una educación popular, está cayendo en la más lamentable de las utopías. Con el pueblo y por el pueblo se realiza un gobierno democrático y con mayor razón el que ha escogido llamarse socialcristiano. Si los grandes principios filosóficos y éticos no se traducen en conciencia política, serán muy útiles, pero no en el gobierno.

SOLIDARIDAD DE TODAS LAS FUERZAS VIVAS

El Estado, por muy presente que tenga el problema y a pesar del trato preferencial que le asigne en sus preocupaciones, nunca podrá por sí solo solucionar el reto educativo. Ni en cantidad ni en calidad. Necesita, y así lo entiende, la contribución de todas las fuerzas vivas del país. No existe organización política en todo el mundo que sea capaz de afrontar este desafío. Además, ni la ideología democristiana, ni las declaraciones del Presidente Caldera en la clausura de la Convención de FIPAN, ni la Educación como Empresa Nacional patrocinada por el señor Ministro, inducen a pensar en una acción solitaria del Estado.

Pero existe un vacío, por el momento insalvado entre las proposiciones teóricas y las realizaciones prácticas. En el Ministerio se han presentado diversas formas de cooperación que no están siendo atendidas. El Estado siente su incapacidad de dar contestación total a una cuestión de gigantescas proporciones, se sabe coordinador de las diversas fuerzas nacionales. Pero a la vez pretende dar sensación de eficacia y en esa misma eficacia puede residir su propia flaqueza.

Con profunda preocupación nos preguntamos: ¿Qué significa, en un sentido político y pragmático la Educación como Empresa Nacional? Juzgamos que por lo menos debe significar que el Ministerio de Educación tiene el propósito práctico de respaldar y alentar programas de cooperación educativa público-privada. Una gran prueba de ello sería, por ejemplo, que un Movimiento de Educación Popular como el de Fe y Alegría, de carácter eminentemente social y de proyección nacional fuera tenido en cuenta dentro de los planes nacionales de educación popular. Pocas instituciones pueden presentar un mejor record de eficacia y productividad administrativa.

En el "Plan Caracas", un bello proyecto elaborado con tecnicismo y tendiente a albergar en aula a todos los muchachos del área metropolitana, hay dos indicaciones que consideramos reprobables como directrices de una política educativa. En primer lugar, se presenta como hipótesis: "En caso de que el sector Público deba absorber todo el déficit"... ¿Por qué suponer que el sector Público deba absorber todo el déficit educativo? ¿Cómo se compagina esta posibilidad con el concepto de Educación como Empresa Nacional? Pero esta premisa lleva de inmediato a más funestas conclusiones, entre las que solamente destacamos la primera: "Deberán tomarse las siguientes medidas: Generalizar al 100% el doble turno en las Escuelas Públicas." En vez de revestirse de sus cualidades de aliento y estímulo, el sector Público asume una posición reparticionista. No imagina las posibilidades de multiplicar la arepa, sino más bien se limita a dividirla. El resultado: los más humildes, los que más la necesitan, resultan sub-alimentados culturalmente. ¿Es ésta una dirección verdaderamente social?

Volvamos a reiterar lo que dijimos al comienzo. Medio año de gobierno no es suficiente perspectiva para llegar a conclusiones definitivas. Estamos a tiempo. Pero hay una peligrosa tentación que se adivina vagamente: la de no traducir el diálogo amistoso en la acción concreta, la de anteponer la razón de Estado a su dimensión social, la inevitable tendencia humana al solipsismo. No creemos que ésta sea más que una postura circunstancial y muchas veces inconsciente. Pero nos vemos en el deber de señalarla porque su agudización llevaría a gobernar en soledad y la soledad en esta materia es mala consejera.